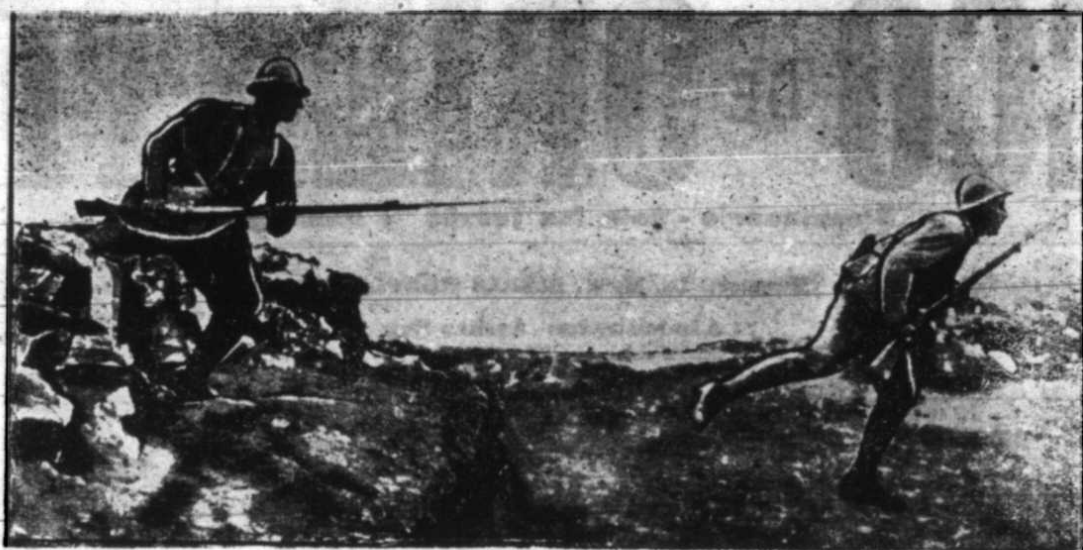




«ADELANTE». El ataque a la bayoneta de los Aliados.

vencer. La satisfacción del triunfo os recompensará de las fatigas para alcanzarlo.

No elogiéis a un niño en su presencia, ni delante de los otros. En aquel exaltaréis la vanidad y en éstos la envidia.

No seáis pródigo en regaños. El regaño continuo fastidia al niño y puede haceros no pocas veces objeto de sus burlas.

No increpéis con dureza excesiva, ni mucho menos hagáis uso de palabras fuertes. Esto es propio sólo de gente mal educada.

No os burléis nunca de los niños. Ya sabéis que la burla es la ofensa más difícil de perdonar.

No entabléis plática con los niños. Esa familiaridad no ganará su cariño, pero sí puede disminuir el respeto que os tiene.

No os metáis a inquirir de los niños cosas de su hogar, que no tienen relación con la escuela. Vuestras preguntas, aunque inocentes, pueden, mal comprendidas, ocasionar disgustos o desconfianza a los padres.

No ocupéis a los alumnos en cosas ajenas de la escuela. Acordaos que no son vuestros hijos, ni vuestros sirvientes.

No manifestéis delante de un niño el deseo de poseer una cosa que pueda él daros. Ansioso de complaceros, será capaz hasta de una mala acción para conseguirlo.

No miréis con desprecio los obsequios del niño por insignificantes que sean. Recibidlos con muestras de agradecimiento. Son símbolo de cariño puro y sincero, que debe enternecer a un corazón sensible.

No pongáis apodos, no habléis mal de nadie, no hagáis muecas, no fuméis, ni ejercitéis en la escuela ningún acto reprobado por la Moral o la Urbanidad. Acordaos que ante todo sois maestros de virtud y de decoro y que la doctrina está muerta si el ejemplo no la vivifica.

No os olvidéis nunca de incluir en vuestras enseñanzas el amor y reverencia a Dios y a los padres, y a la caridad para vuestros semejantes. Esta es la Moral en resumen. Haced que la comprendan y practiquen vuestros discípulos.

No golpeéis, no pellizquéis, no tiréis de las orejas a los niños. Esa es práctica torpe y rutinaria de disciplina condenada severamente por la moderna Pedagogía.

No impongáis castigos al niño que le degraden o le conviertan en objeto de irrisión. Esos castigos son contrarios al sentimiento de la dignidad que debe estimularse en el niño para que sepa ser hombre y buen ciudadano.

No amenacéis con penas que no impondréis, ni revoquéis las impuestas. Todo esto desvirtúa al

maestro. En el primer caso el niño le juzgará mentiroso, y débil en el segundo.

No impongáis castigos sin estar convencidos de la culpabilidad del acusado, para que después no sintáis la vergüenza de haber cometido una injusticia. Debéis hacer que el niño, observando que siempre sois justicieros, llegue a creer en vuestra infalibilidad.

No os olvidéis de ninguno de los movimientos de la táctica escolar; son un auxiliar poderoso para mantener el orden y la disciplina y ahuyentar la pereza.

No recibáis visitas personales en la Escuela. Presentad sin pena vuestra excusa a quien se haya olvidado del deber tan trivial de no turbaros en vuestras importantes tareas.

No mostréis desagrado por la visita del Inspector. Al contrario, recibidle con respeto y complacencia. Oid atentos sus indicaciones y consejos, dadle los informes que os pida y haced, en su presencia, los ejercicios que desee ver practicar. No le contradigáis ante los alumnos, para no desvirtuarlo y exponeros a que os informe mal. Si tenéis alguna queja, petición u objeción que presentar, hacédlo fuera de la Escuela o por escrito.

(De Sur América)